

Un Himno al Centenario

tres jurados y una infinidad de planchas

parte los corazones, que enloquece, que entusiasma... que....

Romero.—Hablas con un calor tal, de ese jovenzuelo, que al oírte, el ponzoñoso dardo de los celos penetra en mi corazón, del mismo modo que cualquier biplano Braniff en una zanja de poco más ó menos.

Julita.—¡Celosillo! Bien sabes que á nadie puedo querer, sino á tí.

Romero.—¡Tontina! Me consta que no te puedes enamorar de un chaleco, por muy festivo ó conmovedor que éste sea. ¿Y no fuiste á más teatros?

Julita.—¡Ya lo creo! Fui al «Principal» y al «Lírico». En el primero vi una «cosa» llamada «El Bello Narciso», francamente mala, y en el segundo «otra»: «El decir de la gente», que corre parejas con la anterior. ¿Y tú, bien mío, en qué has invertido tus horas?

Romero.—Pues también estuve de teatros, nada más que, como no soy aristócrata, pasé el rato en los de barrio, que son baratitos. Estuve en el «Rosa Fuertes», en donde tuve ocasión de aplaudir á Rosita, por la que no pasan los años. En el «Briseño» ovacioné á Carmen Sagarra, que interpretó á las mil maravillas un precioso sainete anudado, original de Diógenes Ferrand, excelente periodista y celebrado autor, titulado «Noche de Bodas». Y en el «María Guerrero», en el que admiré, ¡no te enceses! el bello palmito de Isabel Saavedra.

Julita.—Estoy segura de que en la carrera por esos barrios no has tenido cinco minutos libres para pensar en mí. ¡Ingrato!

Romero.—Cómo no voy á hacerlo, preciosa mía, si llevo tu esgile grabada en mi corazón.

Julita.—¡Romero mío!

Romero.—¡Julita de mi vida!

Julita.—¡Te quiero tanto como Diódoro á Heriberto!

Romero.—¡Ay, dame un beso! ¡Amor mío!

Julita.—... ¡Ay!

Ocultase ruborizada Febea. Papá Solsonoma, curioso, las narices. El gendarme despierta. El perro de marras, causado de aullar, ladra. La pareja levanta el vuelo. El idilio ha terminado. ¡Amanece!.....

(Telón rapidísimo)

FRAY LOCURAS.

—Señora: he visto con pesar que su marido ya no viene á la Iglesia. ¿Es el socialismo el que lo aleja del templo?

—Peor que eso, señor cura.

—¿El ateísmo?

—Peor que eso, señor cura.

—¿El anarquismo?

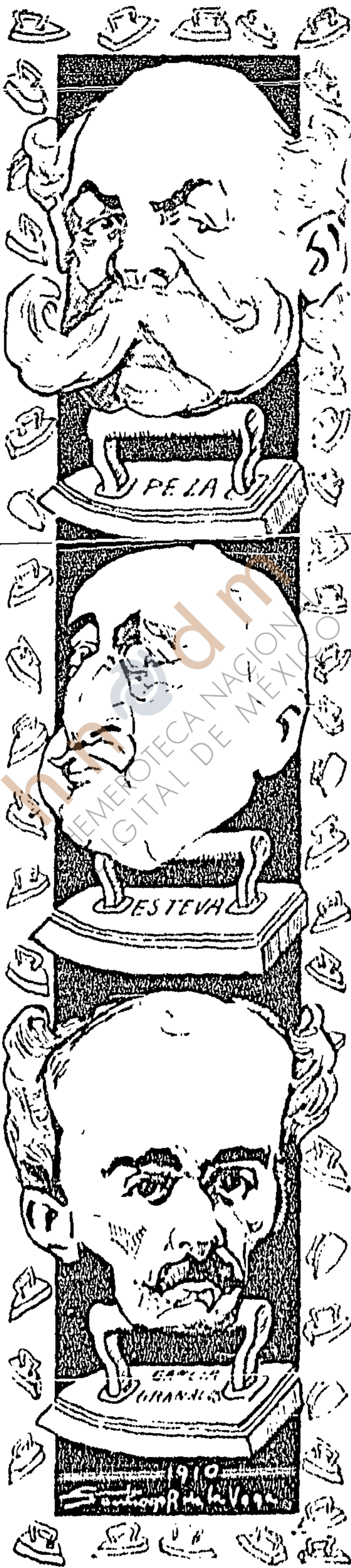
—Peor, señor cura, mucho peor.

—¿Qué es entonces?

—El reumatismo.

El marido (padre de seis hijas) — Ven, Rosa. En el salón hay un caballero que quiere casarse con una de las niñas. Es un comerciante en vinos.

La esposa.—¡Un comerciante en vinos! ¡Entonces es seguro que va á elegir la más vieja!



Y sucedió que un día llamó Apolo á concurso á todos los habitantes de su celestial mansión, y les dió por tema un "himno," el que, en loor de Minerva, sería cantado por los ángeles y acompañado por los serafines.

Pasó largos días preocupado con la elección de censores, hasta que una mañana, aburrido ya, llamó á tres vates de los muchos que pululan por aquellas regiones y, sin más ni más, los eligió jurados. Figúrese el gozo que aquellos hombres sentirían al verse elevados á tan altos puestos: ellos que sólo se habían preocupado por *Laura*, *Su país natal* y *Su hogar*.

Pues bien, estos tres vates, á los que llamaremos el vate primero, el vate segundo y el vate tercero, reunieron en un pequeño gabinete, en el que sólo había una gran mesa llena de papeles, un tintero sin tinta, una fotografía de Venus (en traje de calle) y muchas plumas, portaplumas, limplaplumas y dos plumeros.

Arrellenándose en tres magníficos sillones y comenzaron la tarea que se les había encomendado.

Jamás se las habían visto más gordas.

Según decían, al concurso habían mandado sus producciones Homero, Virgilio, Horacio y otros de esa castaña, los que, más por amor á las musas y al tema, que por el premio ofrecido (un vellocino de oro), habían empujado los estilos y grabado estrofas sobre sus enceradas tabletas.

Los vates censores (hasta entonces vates censurados) sabían muy bien qué clase de rimadores eran los que tenían delante, encerrados en los sobres que en la mesa se hallaban. Pero, ¡oh flaquezas humanas! aquellos humildes pájaros bobos del Parnaso, se habían convertido, con el nombramiento hecho en ellos por el divino rey de la poesía, en los más terribles y sanguinarios condadores, y propusieron no dejar tintero con cabeza.

Y vean ustedes lo que resolvieron.

El primero.—Mis queridos cofrades: de cuantas composiciones he leído, no encuentro una digna de llamar nuestra atención.

El segundo.—¡Cómo!

El tercero.—¿Conoce usted más libros?

El primero.—No os molestéis. Me reñero á las composiciones enviadas al concurso del "himno."

El segundo.—¡Ah!

El tercero.—¡Ya decía yo!

El primero.—Se han recibido 125 y faltan por revisar 125 únicamente.

El segundo.—Pero, ¿no decía usted que las había leído?

El primero.—Sí, conozco una y...

El tercero.—¿Y qué?

El primero.—Que es muy mala.

El segundo.—Pues cuando haya usted leído las demás nos da su opinión y... ¡listos!

El tercero.—Me parece muy bien. Porque no podría quedarme á escu-